

Medina de Rioseco, España 1932

ENCARNA

Camina decidida, los hombros altos, la mirada firme, vestida de negro, con un pañuelo que casi le cubre la cara. Lleva de la mano una niña de unos cinco o seis años, peinada con una coleta muy tirante que remarca su preciosa cara y sus ojazos negros. Detrás de ellas, un chico encorvado con una boina colocada sobre el lado derecho del rostro, intentando ocultar una herida en el ojo. Junto a él, sus hermanos, un chico con los ojos entrecerrados por una inconfundible miopía, que avanza como asustado y una niña en la que se repiten los gestos de la madre adustos, un poco rudos, todavía suavizados por su corta edad.

Encarna se para delante de la puerta del ayuntamiento y golpea la aldaba con decisión.

La puerta la abre un hombre con un gesto de fastidio.

—Buenos días, ¿puedo ver al señor alcalde?

—Para qué lo necesita, si puede saberse...

—Vengo a apuntarme —contesta seria.

—¿Apuntarse a qué?

—Marcelino, si no le importa, quiero contárselo yo al señor alcalde —dice mirando de reojo a sus cuatro hijos que, inmóviles, esperan expectantes tras ella.

—¿Qué es este jaleo? ¿Qué pasa aquí? —Aparece el señor alcalde, bajito, con cara de sueño, calvo y regordete, con su inconfundible lunar en la mejilla derecha.

—Señor alcalde, que dice que viene a apuntarse a no sé qué.

—Bueno, pues si es así, hágala pasar a mi despacho y listo. Encarna, volviéndose a sus hijos, les dice seca:

—Esperad aquí fuera, sin moveros.

—Mujer, seguro que las criaturas no habrán ni desayunado, si tienen una cara de susto que vamos. Marcelino, por favor, llévelos a mi casa y que mi Maruja les prepare un buen desayuno. No ha podido evitar mirar la cara descompuesta del mayor, y la herida que intenta ocultar.

—Pase, Encarna, pase a mi despacho.

Cuando entran, Honorio se acomoda en su silla y la invita con un gesto a sentarse en una de las de confidente. Ella lo hace, en el borde con la espalda muy recta. Sin quitarse el pañuelo de la cabeza, ya se aprecian los moratones que la tela no puede tapar, inconfundibles.

—Usted dirá —invita suave el alcalde.

—Vengo a apuntarme al divorcio. —Su gesto es rígido, lo ha dicho con decisión y con energía, pero parece que al escucharse se encoge sobre sí misma por el sonido de sus propias palabras.

—¿Qué dices, mujer?

—Pues eso, doña Rosa, la maestra, me ha dicho que ya está *aprobao* y que uno se puede apuntar, tanto hombres como mujeres. La causa *sétima* de la ley dice que cuando uno atente contra la vida del otro o contra los hijos comunes, se puede

uno divorciar. —Mientras lo está diciendo, parece haber recuperado la energía, lo suelta de corrido, como si lo hubiera repetido mil veces en su cabeza. A la vez, se va quitando el pañuelo despacio.

Honorio no puede reprimir la impresión que le causa ver el rostro cubierto de feos moratones, calvas en el pelo ralo y prematuramente blanco de la mujer, todavía joven, y, sobre todo, las huellas claras de unas manos en su cuello.

—Ya ve, señor alcalde, como me ha *dejao* ese *desgraciao*. No creo que haga falta enseñarlo, pero no hay un trozo de mi cuerpo que no tenga una señal o una cicatriz de ese mal nacido. He *aguantao* casi quince años, por los hijos, y porque sé que es pecado mortal, pero ya no puedo más. Anoche, borracho como siempre, me quiso estrangular, ya lo ve —dice señalando las marcas en el cuello.

—Mi Julianillo salió en mi defensa y mire lo que consiguió el pobre, que lo dejase tuerto. —Ahora sí, las lágrimas de rabia cubren su rostro, mientras se tapa la cara con las manos, no quiere que le vea el llanto que no puede reprimir.

Don Honorio no sabe qué hacer. Se levanta y va a por un vaso de agua que deja frente a Encarna, junto a su propio pañuelo, lavado y planchado con primor por su mujer.

Mientras ella se calma, da vueltas por el despacho con las manos entrelazadas en la espalda. No sabe muy bien qué decirle.

Encarna se tranquiliza poco a poco. No se atreve a coger el pañuelo ofrecido y saca el suyo, desgastado de tantos lloros y arrugado por toda la rabia que acumula en sus manos. Bebe el agua, eso sí, y se vuelve a colocar muy derecha.

—Pues ya lo ve, don Honorio, que ese mal nacido no solo ha querido matarme a mí, también lo ha intentado con mi Julianín, y eso, no, eso sí que no. Yo me divorcio. Porque si yo me muero qué va a ser de ellos, ¿eh? Ese me los deja morir de hambre o los mata de una paliza y no, por ahí no paso, antes me condeno en el infierno toda la eternidad.

—Pero, mujer, no dudo de que tengas razones de sobra, pero la verdad, he de confesarte que no sé cómo se hace. Creo que uno no puede apuntarse así sin más. Lo tengo que preguntar, hablar con mis superiores, leer la ley...

—Usted haga lo que tenga que hacer, pero yo he venido aquí a apuntarme y no me voy sin hacerlo. No puedo volver a esa casa. Mi prima nos acogerá esta noche y mañana nos vamos a Madrid a casa de mi hermana. Yo no vuelvo, no señor. —Su gesto es ahora decidido y firme.

—Bueno, siendo así, lo que podemos hacer es escribir una solicitud y ya veré yo cómo tramitarla. Me tienes que dejar las señas de tu hermana, por si tengo que avisarte, me parece que tiene que ser un juez el que lo declare y él debe firmar...

—Eso no, eso sí que no, yo a *ese* no quiero volver a verle en mi vida.

—Tranquila, mujer, ya veremos cómo lo arreglamos. De momento, vamos a escribirlo.

Don Honorio no sabe dónde hacerlo, así que toma una hoja suelta y empieza:

—«En Medina de Rioseco a diecinueve de septiembre de mil novecientos treinta y dos, doña María Encarnación Gómez Rodríguez, vecina de la localidad, nacida el doce de enero de mil novecientos uno en el citado pueblo, en pleno uso

de su capacidad, a los treinta y un años, casada con don Julián Prieto García, solicita»:

El alcalde se para en ese momento y alza los ojos, porque no sabe cómo añadir lo que sigue.

—Solicita el divorcio y no tener que volver a verle nunca más en esta vida. También solicita que sus hijos no lo sean, porque no los merece. Son sólo míos.

—Encarna, que no puedo poner eso.

—Que sí, que la maestra me lo ha dicho, que lleva mucho tiempo estudiando la ley porque ella sabe lo que hay —corrige rápido—, lo que había, en mi casa. En el punto siete, eso me ha dicho mil veces.

—«Solicita que le sea reconocido el divorcio en base a lo dispuesto en el punto siete de la Ley de Divorcio, recientemente aprobada...»

—Y los hijos, no se olvide. Los chicos me los llevo yo.

—«Solicita que los hijos; Julián Prieto Gómez...»

—Manuel, María Adela y Matilde María.

Don Honorio copia los nombres y los apellidos de todos, y añade que sean declarados solo hijos de su madre.

—Yo no sé, de verdad, Encarna si esto está bien así y se puede hacer. Tengo mis dudas...

—Que sí, señor alcalde, con todos los respetos, que me lo ha dicho doña Rosa.

—Tú firma y veremos qué pasa, ¿sabes escribir?

Encarna, azorada, levanta los hombros en un gesto de incomodidad.

—Mi nombre.

Pues firma aquí. Firmo yo y cuando venga Marcelino firmará también. No sé dónde se ha metido este hombre, porque son cinco minutos llevar a tus hijos a mi casa... Por cierto ¿tienes algo de dinero, ropa?

—Nada, después del sartenazo, salimos de la casa y le cerré con llave. Me llevé a Julianín para que le curase don Marcial y después hemos dormido en el corral.

—Eso no puede ser, mujer, ahora vamos al cuartelillo y nos acompañan a tu casa los que estén de guardia. Tienes que entrar a por tus cosas. Yo voy con vosotros.

—¿Y mis hijos?

—En mi casa están a salvo. Estarán jugando con los míos, no te preocupes.

Salieron los dos. En el cuartelillo, el alcalde pidió a dos agentes que los acompañasen sin dar más explicaciones. Al llegar a la casa, Encarna empezó a temblar, así que tuvo que ser uno de ellos el que abriese la puerta. En la cocina, Julián, tumbado en posición fetal, roncaba con toda el alma. Uno de los agentes se apostó a la puerta y, mientras el alcalde y el otro agente recorrían la casa, sorprendidos por los evidentes signos de violencia, Encarna, temblando como una hoja, recogió todo lo que pudo, envolviendo en las colchas de las camas las pertenencias de sus hijos y las suyas propias.

Cogió después una tijera y rasgó el colchón de lana. Dentro había dinero que se guardó en el sujetador, así como las escrituras de la casa y las cuatro joyas que tenía escondidas. Salió arrastrando los fardos, la cara desencajada, como si le faltara el aire. Ya fuera, se sentó un momento en el poyato para recuperarse, mientras los hombres cargaban con los fardos.